

**MENSAJE DEL PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DEL PERÚ,  
EDUARDO LÓPEZ DE ROMAÑA,  
AL CONGRESO NACIONAL, EL 8 DE SETIEMBRE DE 1899**

Honorables Representantes:

Acaba de verificarse la legal trasmisión del Poder, alto acontecimiento, muy raro, por desgracia, en nuestra historia. Ningún pueblo lo exige tanto como el nuestro y ninguno ha sido más contrariado en ese punto, originándose de aquí muchas de nuestras conmociones políticas más profundas.

Nada más honroso, por lo tanto, para el prominente ciudadano que hoy ha concluido su periodo presidencial, que la constancia con que ha trabajado para que fuera posible en este día la trasmisión del Gobierno.

Por mi parte, obediente al llamamiento de mi patria, vengo a cumplir mi deber. Sin ambición, sin odios y sin compromisos, sólo traigo al poder una voluntad firme y sincera, que pondré sin descanso a su servicio.

A pesar de que, desde la propaganda abstencionista hasta las bandas armadas, todos los medios se han puesto en juego a fin de obstruir las elecciones, el país ha elegido. Y ha elegido, desdeñando o reprimiendo esos obstáculos, en forma imponente; y no en gracia a los méritos intrínsecos del candidato, sino porque estas elecciones eran, ante todo, una solemne manifestación a favor de la paz.

La paz para el Perú no es ya condición de adelanto, condición de bienestar solamente; sino condición de vida y de dignidad nacional. No es de extrañar, por consiguiente, la energía con que los pueblos se levantan para rechazar, para destruir a los perturbadores del orden constituido.

Aprovechando de esta actitud enérgica del país, que quiere salvarse a todo trance de la guerra civil, consolidaremos, pues, definitivamente el reinado de la paz.

Tiempo es ya de que los gobiernos puedan salir de la estrecha, de la intranquila política, que consiste sólo en el arte de sostenerse en el mando, para consagrarse únicamente a la política noble que da garantías a todos los derechos, seguridad a todos los intereses, campo de acción a todas las energías.

Necesitamos, por medio de nuestra educación física y moral, reconstituir nuestra población. Es inútil dar leyes y declarar derechos y libertades, si no hay gente capaz de ejercerlas y gozarlas, si no hay hombres fuertes que las quieran, que las practiquen y que las defiendan.

Una nación se levanta de todas las caídas con tal que su suelo siga produciendo hombres robustos y enérgicos. La degeneración de la raza es la única debilidad de que un pueblo no se levanta jamás.

La instrucción primaria es hoy la base del sufragio popular. Que tenga, pues, nuestro apoyo decidido y nuestra más eficaz vigilancia. Impulsando y reglamentando luego, con el fruto de una larga experiencia, la enseñanza secundaria y la superior, protegeremos las carreras científicas, y lograremos muy altas ilustraciones.

Necesitamos como elemento primordial la emigración. Ella mueve y transforma los países, los cultiva y los impulsa, improvisándolos grandes y poderosos; y por ella se han agigantado en nuestro continente los pueblos que no se resignaron a permanecer pequeños.

Pero mientras atraemos esa corriente del exterior, tenemos que resolver problemas de población indiferibles. Nadie ignora que carecemos de brazos. La solución de este asunto es muy difícil y merece consagrarle todas nuestras energías.

No tardará también en notarse deficiencias de población en nuestras serranías, por causas que todos conocemos; y si llega a ser ella insuficiente, será casi imposible reemplazarla.

Como la riqueza de las punas depende de la sobriedad y de la fuerza física de nuestros indígenas, debe preocuparnos vivamente la necesidad de levantar su nivel moral y de mejorar sus condiciones higiénicas.

Renovemos, aumentemos nuestra población, y todos los problemas, todas las cuestiones –las políticas sobre todo– tendrán solución amplia.

El problema trascendental de población está íntimamente ligado con el de irrigación y el de obras públicas. Sin obras de irrigación que proporcionen cosechas abundantes, sin ferrocarriles, puentes y caminos que faciliten el movimiento y permitan disponer convenientemente de los frutos del trabajo, es ocioso pensar en una emigración permanente. El colono extranjero no forma familia sino allí donde encuentra condiciones apropiadas y garantías para su trabajo. Irrigar, pues, las feracísimas regiones de la costa y facilitar el acceso a la montaña, serán los medios más directos para conseguir el aumento de población en grande escala y la riqueza nacional.

La experiencia ha demostrado que para solucionar el problema de irrigación es indispensable dictar, de preferencia, una ley para la expropiación de los terrenos eriazos. No parece justo que se exija precios caprichosos por terrenos que nada producen, ni a su propietario ni al Estado, y que sólo tendrán un valor efectivo mediante el empleo inteligente del capital ajeno.

La lucha entre las naciones se verifica hoy, principalmente, en el terreno económico. Ricos son nuestros productos, pero tienen que sostener crudas competencias y aún hallan hostilidad en los mercados. Debemos, pues, atender a la defensa económica del país. La marcada decadencia de nuestros valles del sur

es una prueba manifiesta de la importancia de prestar atención a este asunto trascendente.

Debo suponer que para dominar la revolución han sido indispensables muy fuertes desembolsos extraordinarios; y, por lo tanto, para no encontrar mas serios inconvenientes y hacer con entera regularidad los servicios en lo que falta de este año, se hace necesario, ante todo, suprimir los gastos probadamente superfluos y practicar las más grandes y austeras economías. Puedo esperar que el Congreso, por su parte, se ocupara, seriamente y sin pérdida de tiempo, de la sanción del presupuesto fiscal, y de solucionar los demás problemas económicos saltantes que permitan la marcha holgada del Poder Ejecutivo.

He de sujetarme fiel y estrictamente a dicha norma fiscal, porque creo que es sumamente difícil que haya política honrada con presupuesto violado; pero por esto mismo estoy seguro de que nos daréis un presupuesto severo e inflexiblemente practicable en el campo de nuestra actualidad económica.

Dada nuestra forma de gobierno, mi más vivo anhelo es mantener la armonía entre las Cámaras y el Poder Ejecutivo; y os aseguro que buscaré siempre en vosotros, discusión y consejo, sin distinción de colores políticos.

Contra los que piensan que nuestra raza, por apasionada e intranquila, es difícil de gobernar, yo he creído y sigo creyendo que si hay una nación gobernable, pero gobernable noblemente, por amigo del pueblo, no por amigo del Poder, esa nación es el Perú. Y ni los últimos disturbios, ni esta insensata rebelión de algunos extraviados, ha sido parte a quebrantar mi creencia en la docilidad del pueblo peruano para el bien. Se está viendo ahora cuan profundamente agradecido está ese pueblo a los beneficios de estos cuatro años de paz y buen gobierno. Se rebela ese sentimiento en la indignación, en la energía patriótica con que rechaza a los que quieren imponerle una revolución más. Continúo, pues, creyendo que el Perú puede y debe ser gobernado por el bien, la moderación y el ejemplo. Un espíritu de conciliación puede dar los mejores resultados para conseguir la pacificación de la República, sin que esto implique debilidad, ni el propósito de dejar sin castigo a los recalcitrantes.

Yo no he sido caudillo político: debilitaría mi esfera de acción y de utilidad para servir al país, si me confinara dentro de algún círculo. Yo necesito crecer, fortalecerme, rodearme de los mejores elementos, porque desde hoy siento que me abrumba la responsabilidad de este elevado puesto.

En este momento solemne lleno de patriótica emoción, quiero decir a todos los peruanos, aún a los más contrarios a la actual situación política, quiero decirles a todos que vengan, que nos traigan sus ideas y sus fuerzas; que la patria peruana necesita de todos sus hijos para recobrase y resurgir poderosa.

Honorables Representantes:

No tengo, no traigo al poder sino fuerza moral. Para conservarla, para acrecerla necesito seguir contando con vuestro apoyo, con vuestra simpatía y vuestra estimación.

Necesito también el apoyo de todos mis conciudadanos. Quiera Dios que lo consiga y quiera Él sostenerme en esta noble, en esta santa labor del gobierno del pueblo.